

La Investigación, Método de Docencia

por
el Profesor
Hugo A.
FOURCADE

El autor, ex Decano de la Facultad de Ciencias de San Luis (Universidad de Cuyo) y actual profesor en ella, analiza en la presente nota un aspecto fundamental de nuestra universidad moderna, inspirándose en maestros como Jaspers y Wittram.

1) EL TEMA DE LA UNIVERSIDAD

En el año 1964 decía Reinhard Wittram, profesor de la Universidad de Gotinga ("La Universidad: ensayos de autocrítica", Sur, Buenos Aires, 1966) que "la Universidad es una de las pocas instituciones viejas de Europa que, desde la Edad Media han sobrevivido a todos los cambios y transformaciones. La misma Universidad al transformarse—continúa— ha reflejado el cambio de los tiempos y, naturalmente, en algunos perío-

dos, ha sido una especie de monumento enmohecido al margen del cual nuevas necesidades creaban otras formas, mientras ella conservaba los rastros y reliquias de épocas diferentes. Sin embargo, es dudoso que por esta razón la universidad pueda ser considerada, en su forma actual, como una especie de depósito de todas las posibilidades. Hay que examinar seriamente si es posible decir—como lo ha dicho Josef Pieper hace un año en su conferencia de Bochum— que en la institución universitaria occidental están "refundidas" y "escondidas" experiencias pasadas. ¿Interesa hoy fundamentalmente—como afirma Pieper— "volver a tener presente experiencias existenciales, en cierto modo invisibles", cerciorarse acerca de la concepción fundamental del núcleo originario de la Universidad? ¿Cuál es ese núcleo?"

Wittram nos conduce a la búsqueda de ese núcleo originario retornando hasta la más antigua Universidad, la de Bolonia, que a fines del siglo XI nació simplemente "por un deseo espontáneo del saber jurídico" ya que "por una voluntad de saber y una preocupación por la verdad comenzó el lego a estudiar y al mismo tiempo a sentir la necesidad de la comunicación", según expresión de Grundmann. Y que otra cosa no ocurrió en París donde se entendió el repetido preguntar como la primera clave de la sabiduría y hasta en Salerno donde maestros y discípulos acuñaron la asociación universitaria allá por el año 1100?

Desde aquella hora inaugural y sin citar siquiera los momentos más significativos que van jalonando en el tiempo el proceso de la vida universitaria mundial, el autor que venimos citando nos sugiere esta pregunta: "¿Es posible... encontrar algo que en la esencia de la Universidad y de sus difusas, contradictorias y desiguales tradiciones, de importancia y constancia variable, sea lo



suficientemente general y preciso como para pretender validez por encima de todas las formas especiales?" Creo —argumenta Wittram— que hay tres cosas con las cuales la universidad, hoy como ayer, se mantiene o desaparece:

1º) La vinculación indisoluble de las dos formas de la conducta científica, una enseñanza académica que sacia su sed en la investigación, y una investigación que por estar obligada a la enseñanza puede hacerse cuestión de sí misma, precisar su responsabilidad por la enseñanza y dirigir los conceptos supremos. La concordancia institucional de todo esto es la comunidad de maestros y discípulos, que exige nuevas normas.

2º) No se puede renunciar a aquello que nuestros antepasados, bajo otras condiciones, llamaban "libertas scholastica", la libertad académica, como gran complejo que, naturalmente, a lo largo de la historia ha ido adquiriendo las formas más diversas, anticuado en algunos puntos, mal utilizado a veces —siempre podrá serlo— y también siempre necesitando ser reexaminado.

3º) Lo más importante, lo que constituye la universidad, es su sometimiento a una verdad que impulsa y trasciende a todo lo que es correcto, una verdad que en su esencia sólo puede ser pensada como "única"... verdad que hay que servir al caer la noche o al amanecer; verdad —en fin— que el investigador conquista en sus obligaciones docentes.

Concordancia pues entre docencia e investigación, libertad académica y sometimiento y servicio a la verdad constituyen en último término para Wittram el núcleo originario de la Universidad, aquello que explica su ser, lo que da consistencia a su magisterio perenne, los firmes cimientos donde se apoya su siempre antigua y siempre nueva dinámica estructura.

2) LOS FINES DE LA UNIVERSIDAD

Es verdad que cuando Wittram enuncia aquellas tres cosas, que si se mantienen la Universidad vive y si desaparecen la Universidad es una imagen contrahecha, un no ser, consigna en mayor o menor medida los atributos esenciales de la institución por antonomasia de la cultura superior. Dicho en otras palabras fácil será advertir que esos enunciados vienen a expresar aquello que corresponde al ámbito mismo de los fines y objetivos de la Universidad.

Si la primera evidencia al decir de Wittram es, en la Universidad, una concordancia institucional entre enseñanza e investigación ello es así, y no podría ser de otro modo, porque entre los fines primarios que definen e identifican su naturaleza se propone, tal por ejemplo el texto de la Ley

Universitaria Nacional, "la formación del hombre, la formación del universitario para el servicio y la lealtad de la Nación, la preparación de profesionales; la preservación, difusión y transmisión de la cultura y la investigación de la verdad y el acrecentamiento del saber".

Surge así plenamente visualizada, por un lado la labor de docencia y por otro, la labor de investigación. Labor de docencia que lleva a procurar educación general de nivel superior, estimulando la creación personal, el espíritu indagativo y las cualidades que habilitan para actuar con idoneidad, patriotismo y dignidad moral en la vida pública y privada, conforme a la norma clara del texto legal citado. Labor de investigación que en la misma línea del precepto de referencia obliga a cubrir el área "científica, humanística y tecnológica en el más alto nivel y a estimular la creación artística".

De esta labor de docencia e investigación deberá tomar razón el profesor universitario porque "los docentes están obligados a realizar investigación y los investigadores a participar de la docencia".

Suya será también, lo declara el artículo siguiente de la ley, la responsabilidad de la enseñanza, la investigación y el gobierno, como la dirección de la cátedra y la orientación general del quehacer docente.

Esta será también sin duda la línea que marca el Estatuto de nuestra Universidad de Cuyo, que no falsea, es cierto, el prerrequisito que dijera Wittram, el irrenunciable principio de la vinculación de investigación y docencia como quería Jaspers y que, según Bahrtdt esplende como unidad de investigación y enseñanza en la universidad alemana tradicional.

Pero el Estatuto de la Universidad cuyana formulará otras precisiones. La existencia independiente del "investigador", la categoría de investigador no anexa como exigencia del profesor-docente o enseñante, y aún como obligación de la misma Universidad que lo habilita para un reparto equitativo de tareas, que tiene a su cargo la fiscalización de la investigación científica y la formación moral, intelectual, científica y técnica de sus discípulos, llevan a cabo, como labor complementaria, la participación en la docencia.

Los dos oficios individualizados comportan dos carreras, la de la docencia y la de la investigación, ambas destinadas a "estimular a los estudiosos con vocación para esas tareas, con el objeto de promover la creación científica y el mejoramiento de la enseñanza y de la investigación, asegurando la continuidad de la labor universitaria y, consecuentemente, una más completa formación académica".

Señala Hans Paul Bahrtdt, en la obra citada al principio, que la idea de la vinculación íntima entre la investigación y la enseñanza se expresa con intensidad gradual: en primer lugar en la concepción que afirma que quien investiga también debe enseñar y que a su vez quien enseña debe también investigar. Por lo pronto esto significa que aquí se pone freno a una tendencia a la especialización. La enseñanza y la investigación son actividades muy heterogéneas que exigen una calificación diferenciada. Es cuestión más problemática la de saber si un buen investigador es también un buen profesor y viceversa.

Las desventajas que de aquí resultan son aceptadas conscientemente con miras a un segundo fin. Se espera que, en cierta manera, con una transmisión directa, sin instancias intermedias retardatarias, puedan participarse los últimos conocimientos de la ciencia a los científicos del mañana. Al mismo tiempo se espera que el investigador docente comunique a sus estudiantes no sólo los últimos resultados, sino que, además, les presente una idea de la génesis de estos resultados y de qué manera progresa la ciencia en el momento actual. Evidentemente esto no puede lograrse si el investigador dicta solamente clases magistrales —recuerda Bahrtdt— hace falta un tercer elemento o sea que aquellos que le siguen colaboren con él en el proceso de la investigación. Sólo en este estadio, es decir, cuando el proceso de aprendizaje es al mismo tiempo participación, aunque dependiente, en una investigación, se materializa el principio de unidad de investigación y docencia.

Pero, nos lo dirá el autor al que venimos recurriendo, si consideramos la realidad actual de nuestras universidades (expone sobre las universidades alemanas del presente) descubrimos —y esto no es una novedad— que el principio de unidad de investigación y enseñanza se ha convertido en gran medida en una *ficción*. Y ello por múltiples razones. Una entre muchas arrastra la idea de que la universidad no puede renunciar a su misión como instituto de formación para una serie de problemas prácticos. Esto ha traído consigo lo que a menudo llamamos escolarización. Entendida correctamente, es decir, como un sistema mediante el cual se transmite en cada caso el saber fundamental, sin el cual no se puede ni ejercer una profesión académica ni practicar la investigación, había crecido considerablemente, a pesar de la especialización. En realidad todos nuestros planes de estudio y ordenanzas de exámenes responden a esta voluntad didáctica. Ahora bien, cabe preguntarse si estos

planes no hubieran resultado mejores si, en vez de establecerlos parcialmente según las necesidades —y siempre con incertidumbre— hubieran sido elaborados con la conciencia clara de que un estudio, en cuanto realización de la investigación y participación activa en la misma, presupone una cierta cantidad de saber racionalmente adquirido que, en la actualidad, ninguna escuela superior —aún cuando las hubiera mejores— podría proporcionar. Se ha dicho amenudo que cuando la universidad tiene que ser escuela, no tiene por que avergonzarse de ello, y tiene que ser una buena escuela. Esto significaría que una considerable parte de la tarea de la enseñanza tiene tendencias estructurales didácticas que le son propias, y de las que no pueden hacerse cargo marginalmente quienes dedican lo fundamental de sus esfuerzos a la investigación. Esto quiere decir también que existen problemas con respecto a la realización del principio de la unidad de investigación y enseñanza.

La dificultad que surge en este sector no será menor que aquellas que resultan de las nuevas tendencias de la investigación. Tal el caso que una parte cada vez mayor de la investigación se realice fuera de las universidades. Naturalmente existen en diversos lugares del mundo institutos que pertenecen, a pesar de su independencia formal, al mundo de las universidades. Pero ahora interesa algo diferente. Se trata de la creación de un nuevo tipo de centro de investigación que ya no puede ser insertado en el sistema de una universidad y de la aparición de un tipo de temática de investigación, como las investigaciones encomendadas por el Estado. En una y otra perspectiva han surgido enormes institutos, numerosos laboratorios de la industria, la complejidad de la labor exige una cantidad de científicos de las más variadas disciplinas, se ha hecho preciso crear grandes estructuras de organización, los proyectos reclaman cada vez mayor número de equipos, estos equipos requieren su propia burocracia, necesitan instancias especiales, complejos sistemas de información y en situaciones de este nuevo tipo ya no es posible respetar los status académicos, los ámbitos de competencia de los diversos catedráticos y sobre todo hay que dejar de lado el hecho de que la formación universitaria exige las más de las veces una organización por materias o disciplinas especiales.

No concluye en este punto la aportación de Bahrtdt, pues si bien afirma "tenemos que contar con que la investigación moderna en gran escala tiene que ser separada y liberada de una conexión inmediata con las universidades", advierte en qué medida el principio de la unidad de investigación y docen-

cia se salva hoy —más allá del superado taller y de la gran empresa del futuro— en el instituto de tamaño medio. Allí se daría la formación de equipos de trabajo de diferentes disciplinas, se facilitaría la cooperación, se posibilitaría que algunos grupos se dedicaran a la investigación y otros a la enseñanza.

4) LA INVESTIGACION COMO METODO DE DOCENCIA

Si, como ha dicho Bahrtdt, se advierten tantas dificultades para mantener el principio integrador de la docencia y la investigación parecería llegado el caso de comenzar por utilizar y dar relevancia a una moderna metodología —tal vez en la denominación el hecho no sea rigurosamente exacto— que nos ofrece Humberto Etcheverry, en un interesante artículo publicado en la Revista de la Universidad de Antioquia, Tomo 44, abril-junio de 1968.

La investigación, dice Etcheverry, se nos presenta como un elemento sistematizado y orientado a fines bien determinados, esto es, convertida en método. El hecho fenomenológico hace posible una o muchas metodologías de la investigación como coadyuvantes a la condición fundamental. Esta metodología constituye el arma más poderosa de la Universidad contemporánea o para hablar en lenguaje universitario actual, *la investigación es el método más idóneo de toda docencia universitaria.*

Este método pretende enseñar, no hay que dudar, las técnicas de la investigación en cada una de las ramas específicamente, pero

también debe simultáneamente dotar al estudiante de los hábitos intelectuales y volitivos, éticos y sociales que exigen al docente y al investigador las disciplinas del saber universitario.

Como método de docencia la investigación busca *enseñar investigando*, propone la pesquisa del dato, dirige y orienta la búsqueda individual auténtica. Así este método trata no sólo de formar investigadores sino primordialmente de dotar de instrumentos y actitudes, ya sea para quienes se dediquen a una profesión o para quienes en el futuro accedan a una función docente o bien para la especialísima carrera de investigador, en el total sentido de la palabra.

Ciertamente que esos instrumentos, esas actitudes, esos procedimientos y en general los recursos de la investigación serán diferentes según el campo y disciplina donde se ejerciten. Pero no cabe duda que de algún modo se especificarán en lecturas e interpretaciones de textos, documentos o problemas, discusiones sistematizadas, cursos generales o especiales aclaratorios de técnicas de investigación y sobre todo los seminarios y trabajos individuales y por equipos con sus correspondientes informes y discusiones de los mismos.

Desde este mismo ángulo cabe consignar que hablar de docencia en forma de investigación es tanto como proponer la transmisión de un patrimonio cultural no en una simple forma de exposición magistral sino de búsqueda de todo el repertorio que involucra el testimonio recibido, es tanto como enseñar en esa búsqueda los métodos que han de servir para encontrar caminos nuevos y es, en fin, el superior anhelo de formar las virtudes del investigador: espíritu de observación, planeamiento, interpretación, constancia, paciencia en el largo proceso de la búsqueda, probidad en las interpretaciones, humildad para reconocer los fracasos, firme voluntad para seguir adelante sacrificando el tiempo libre en el servicio y en el amor de la verdad.

Al elegir este rumbo, al transitar esta forma metodológica, Etcheverry nos remarca que no podemos olvidar que en la Universidad Contemporánea la misión fundamental, según Karl Jaspers, es la investigación, y la tarea segunda es la docencia, para aprender a investigar en base a la transmisión de lo conocido o para encontrar nuevas formas de la verdad desconocida. Pero el filósofo aclara su pensamiento enseguida al decir: "Puesto que la transmisión de menos conocimientos o habilidades sería insuficiente para aprender la verdad, la cual exige más bien la formación espiritual de todo el hombre, *es la formación (o educación) el sentido de la enseñanza y de la investigación*". ♦

LIBRERIA Y EDITORIAL ALSINA

PRESENTA:

RAFFO, C. M.: Introducción a la Estática y Resistencia de Materiales.

m\$n. 1.400.— \$ 14.—

SOBREVILA, M. A.: Introducción a la Electrotecnia.

m\$n. 1.000.— \$ 10.—

Y un amplio surtido en

DICCIONARIOS - ENCICLOPEDIAS

LIBROS TECNICOS Y CIENTIFICOS

Chacabuco 147

Tel. 33-6336